

EN FAMILIA

Florencio Sánchez



Personajes

JORGE

DAMIÁN

EDUARDO

TOMASITO

MERCEDES

DELFINA

LAURA

EMILIA

La acción en Buenos Aires (Época actual)

Acto primero

Sala bien amueblada; puertas laterales y al foro. A la izquierda, mesa escritorio.

EMILIA, MERCEDES, LAURA y EDUARDO

EMILIA.- ¡Oh!... No ha de estar tan fundido cuando se hospeda en el hotel. ¡Siempre cuesta eso!

MERCEDES.- En alguna parte tenía que alojarse el pobre hijo.

EMILIA.- ¡Hay tantas casas de pensión baratas!

MERCEDES.- No querrá llevar a su mujer a sitios que puedan desagradarla...

EMILIA.- ¡Oh! ¡La tana pretenciosa!... ¡Cuidado no se fuese a rebajar!...

MERCEDES.- ¡Bueno! Creo que no tenemos derecho a decir nada. ¡Donde debió hospedarse Damián es aquí, en casa de sus padres, en su casa!... ¡Nos hemos portado muy bien con él!... ¡Muy bien!

EMILIA.- ¡Cómo para huéspedes está la casa!

LAURA.- ¡Si hubiese venido solo, menos mal!...

EMILIA.- ¡Ni solo! ¡Quien coma es lo único que sobra en esta casa!

MERCEDES.- Y lo único que falta es quien trabaje.

EDUARDO.- ¿Empezamos con las indirectas? ¿Saben que me tienen hartos ya?

EMILIA.- Pues me felicito, hermano. De un tiempo a esta parte, aquí nadie se harta de nada.

MERCEDES.- ¿Por culpa mía, no?

EMILIA.- No señora, no. Por culpa nuestra, ¿verdad, Laura?

LAURA.- ¡Claro está! Todavía no hemos encontrado un novio capaz de casarse y mantener a toda la familia.

EMILIA.- Sin embargo, no deben afligirse. Hay muchos medios de buscar fortuna.

MERCEDES.- ¡Grosera! (Vase por primera derecha.)

EMILIA.- ¡Oh! ¿Para qué empiezas? ¡Bien sabes que no nos mordemos la lengua!

EDUARDO.- Lo que digo es que tiene razón mamá. Damián ha debido venir a esta casa. Lo que había de gastar en otra parte lo gastaría con nosotros y salvamos la petiza.

EMILIA.- ¡Muy bonito es vivir de limosna! Vos para los negocios tenés un sentido práctico admirable.

LAURA.- Limosna, no. Retribución de servicios, en todo caso.

EDUARDO.- Peor es vivir del cuento.

EMILIA.- ¡Cuándo no habías de salir con alguna patochada, guarango!

EDUARDO.- ¿Para qué tanto orgullo, entonces?

EMILIA.- Tengo en qué fundarlo, ¿sabés?

EDUARDO.- ¡Miseria!

EMILIA.- Vergüenza y delicadeza. Todo lo que a vos te falta.

EDUARDO.- ¡Callate, idiota!

EMILIA.- ¡Andá a trabajar!... ¡Será mejor!

EDUARDO.- ¿Para mantenerlas a ustedes? ¿Para costearles los lujos y la parada?... ¡Se acabó el tiempo de los zonzos!

EMILIA.- ¡Zángano!

EDUARDO.- ¡Laboriosa!

LAURA.- (Que lee un diario.) ¡Mirá, che, quién se casa!... Luisa Fernández, con el doctor Pérez. ¡Fijate!...

EMILIA.- ¡Qué me contás! ¿Y ya sale en la vida social? ¡Quién le iba a decir a la almacenerita! ¡Lo que es tener plata!

LAURA.- Y el mozo es muy bien.

EMILIA.- ¡Quién sabe, che! ¡Hay tantos doctorcitos hoy en día, que uno no sabe de dónde han salido!

EDUARDO.- Eso es... despellejen... corten no más... La diversión más entretenida y económica... (A EMILIA.) ¿Dónde dejaste el mate, vos?

EMILIA.- Buscalo con toda tu alma.

MERCEDES.- ¡Caramba con Jorge, que no apare- ce!

EDUARDO.- ¿Aguardás a papá? Hoy, ¿qué día es?... ¿Jueves?... ¡Carreras en Belgrano!... ¡Espéralo sentada!

MERCEDES.- No puede haberse olvidado de que Damián viene esta tarde. Además, sabe que no tengo dinero, y hay que comprar todo para la comida.

EDUARDO.- ¡Ah!... ¿Comemos hoy? ¿Festejando qué cosa?

MERCEDES.- ¡Uf! ¡Son muy graciosos todos, toda la gente, de esta casa! ¿Qué importa que nos devore la miseria, ni vivir una vida de vergüenza y oprobio, debiendo a cada santo una vela, pechando y estafando a las relaciones, desconceptuados, despreciados?...

EMILIA.- ¡Despreciados, no!

MERCEDES.- ¡Despreciados, sí, despreciados!

¡Nada les preocupa, ni les quita el buen humor!... La verdad es que no sé qué laya de sangre tienen ustedes. ¿Que no hay que comer? ... ¡Nunca tan alegres y jaranistas!... ¿Que nos embargan los muebles?... ¡Pues viva la patria!... ¿Que el viejo hace una de las suyas?... ¿Han visto que tipo rico?...

EMILIA.- Vea, señora: ya no se usa llorar por eso.

MERCEDES.- No; no les pido que lloren, sino...

EMILIA.- ¿Qué?

MERCEDES.- Nada, nada... Damián no es como ustedes, no.

EMILIA.- ¡Oh! Es una monada su hijito. Si no fuera por él, no andaríamos tan bien vestidos, ni pasearíamos tanto, ni cumpliríamos con nuestras relaciones, ni siquiera comeríamos regularmente.

LAURA.- (Irónica.) ¡Ni tendríamos todas estas alhajas!

MERCEDES.- No tiene obligación de mantenernos.

EDUARDO.- Pero yo, sí ¿verdad?... ¡Aquí te quería!... Para tu Damián, que está en buena posición, sino rico, y no se acuerda de nosotros, ni un reproche... Todos me los reservás... ¡Te agradezco la preferencia!

MERCEDES.- Sabe ganarse la vida, se ha hecho un hombre, y, lejos de sernos gravoso, bastante nos ayudaba.

EMILIA.- ¡Ayudaba!... ¡Bien dicho!

EDUARDO.- Creo que yo no les hago mucho peso... Como cuando hay, duermo en un rincón, y, a veces, hasta les ayudo en las tareas de la casa... ¿Qué más quieren?... Además lo he repetido hasta el cansancio... ¡No quiero trabajar!... ¡No quiero trabajar!... Cuando se aburran de tenerme en casa, me lo dicen... ¡Me pego un tiro y se acabó!...

MERCEDES.- ¡Ave María!... ¡Muchacho!... ¡No digas locuras, por Dios!...

EDUARDO.- Y lo hago, ¿eh?... ¡No crean que es parada!... (A EMILIA) ¿Dónde dejaste el mate?

EMILIA.- En el comedor.

EDUARDO.- ¡Gracias! (Vase.)

Dichos, menos EDUARDO

EMILIA.- (A MERCEDES.) ¡Ahí tenés lo que sa- cás con meterte a hablar de zonceras! Al otro le vuelve la manía y es capaz de hacer una locura.

MERCEDES.- ¿Pero, qué he dicho yo?... ¡Señor! ¡Señor!... ¿Por qué somos así? En esta casa, no hay un momento de paz... Ni hablar se puede... Abre uno la boca y ya están todos con las uñas prontas para tirar el zarpazo a la primera palabra. Acabaremos por odiarnos, de esta manera.

EMILIA.- La verdad es que cada vez nos queremos menos.

MERCEDES.- ¡Quizá no te falte razón!

EMILIA.- La tengo, mamá. Lo que es, para ti, el único hijo es Damián, y de papá... ni siquiera...

LAURA.- ¿Y Tomasito?

EMILIA.- Es verdad... Es su discípulo. Lo hace estudiar para calavera y lo lleva a las carreras.

LAURA.- Y a la ruleta, por cábula. Es mascota el chico. (Señalando a MERCEDES que llora silenciosa.) ¡Fijate aquello!

EMILIA.- ¡Claro está!... ¡Che!... ¿Es lindo el folletín nuevo?

LAURA.- Me parece una zoncera... Puede ser que más adelante mejore. ¿Querés el diario? Yo me voy a arreglar un poco. Esos no han de tardar.

EMILIA.- ¡Es cierto! ¿Cómo está mi pelo?

LAURA.- ¡Bien! Pero no me gusta cómo te queda ese peinado: te hace más gruesa.

EMILIA.- Si me ayudas, lo cambio.

LAURA.- ¡Para lo que te cuesta!... Tengo que arreglarme yo primero.

EMILIA.- ¡Así sos, egoísta! ¡A ver mamá!... Dejate de llorar y cambiate ese vestido, que estás impre- sentable.

MERCEDES.- Estoy muy bien para recibir a mi hijo en mi casa.

EMILIA.- ¡Hacé lo que quieras! (A LAURA.) ¡Va- mos, che! (Mutis con LAURA, por segunda derecha.)

MERCEDES y JORGE

MERCEDES.- ¡Pobres hijos!...

JORGE.- (Por foro derecha.) ¿No han venido?

MERCEDES.- No.

JORGE.- No traigo nada; ni un peso... Si Sultana no entra en la cuarta, estamos bien reventados... Le tomé dos y dos.

MERCEDES.- ¡Ah!... ¡Está bueno!

JORGE.- Estoy de jetta hoy. Le mandé un mensaje ro a Gutiérrez, que me prometió algo, y ni en el es- critorio, ni en la casa, ni en ninguna parte se puede hallar.

MERCEDES.- ¿Y con qué cara vamos a recibirlos, después de tanto empeño en que vinieran a comer?

JORGE.- ¿Qué hace falta?

MERCEDES.- ¡Todo!

JORGE.- ¡Si el almacenero fuera capaz!

MERCEDES.- ¡Ni me hablés de eso!

JORGE.- ¡Aguardá un poco!... Algún recurso ha de haber... ¡Ah!... Pues dame la cadenita aquélla...

MERCEDES.- ¿Mi relicario? ¡Ya te he dicho que me han de enterrar con él!

JORGE.- Te aseguro que mañana lo sacamos.

MERCEDES.- ¡No, y no. Con igual seguridad he- mos perdido todas nuestras alhajas!... ¡Andá y bus- cá!... Conforme hallás para jugarle a tu Sultana, podrás encontrar para darles de comer a los tuyos.

JORGE.- Estás muy enérgica hoy. La vuelta del hijo mimado te ha dado bríos.

MERCEDES.- ¿También vos? ¡Les ha dado fuerte con eso!

JORGE.- No, mujer. No es reproche... (Viendo entrar a EDUARDO por segunda izquierda.) ¿Ya estás vos con tu mate? ¿No te lo han prohibido?

Dichos y EDUARDO

EDUARDO.- (Entrando.) ¡Bah!... ¡Es mi único vicio!

JORGE.- Te hace mal.

EDUARDO.- ¿Y a mí qué me importa? ¡Ni a uste- des!...

JORGE.- ¡Bueno, basta! EDUARDO.- ¡Basta!

MERCEDES.- (A JORGE.) ¿Vas o no vas?

JORGE.- Voy por hacerte el gusto, pero no te aseguro el resultado... ¡Hasta luego! (Vase por foro derecha.)

EDUARDO.- ¡Sablazo!... ¿Quién es el candidato?

MERCEDES.- ¡Qué sé yo!(Pausa).

EDUARDO.- ¿Querrás creer?... Hoy hice catorces veces el solitario de las cuarenta y no me salió. ¡Tu- ve ganas de romper la baraja!... Y tan fácil que es, ¿no?... (Pausa.) ¿Y las muchachas? ¿Se ha peleao mu- cho hoy la gente?... Y vos, ¿has llorado también?... Se te conoce en los ojos... ¡Son bravos esos bichi- tos!... ¡Tienen una boca!... La pava sos vos. Mirá: aquí sólo hay dos personas dignas de lástima: nosotros. Vos porque tomás la vida en serio y nadie te lleva el apunte; yo, por esta vocación que tengo para el atorrantismo...

Porque a mí no me la cuenta el médico... Yo no tengo neurastenia ni un corno, sino pereza pura... ¿No estás de acuerdo, vos?

Dichos y EMILIA

EMILIA.- (Por primera izquierda.) ¿Se fue el viejo? ¿Trajo dinero? ¿Qué vamos a hacer entonces?... ¡Bonito papelón! ¡Después no quieren que una proteste y se subleve!

MERCEDES.- ¡No te aflijás!... Yo lo arreglaré to- do... ¡No pasaremos vergüenza!

EMILIA.- ¿Cómo?

MERCEDES.- De una manera muy natural. Cuan- do venga Damián, lo llamo aparte y le pido unos pesos prestados...

EMILIA.- ¿Qué?... ¿Qué decís?... ¡No faltaría otra cosa!... Para eso, nos hubiéramos hecho invitar por ellos... ¡No harás eso!... ¿Eh?... ¡Cuidadito!

EDUARDO.- (Riéndose.) ¡Cuidadito! ¡Cuidadito!... La frescura, ¿no? (Mutis.)

MERCEDES.- ¡Lo haré! ¡Lo haré! No pienso, sépanlo bien, hacer la farsa con mi hijo... Le contaré todo, todo, todo cuanto pasa en esta casa.

EMILIA.- ¿Te has enloquecido?

MERCEDES.- Estoy muy cuerda... Todo pienso decírselo. La vida que llevamos, lo que es tu padre, lo que son ustedes...

EMILIA.- Lo que sos vos también.

MERCEDES.- Sí; lo que soy yo... El más desgracia- do de los seres...

MERCEDES, EMILIA, DAMIÁN, DELFINA y LAURA

DAMIÁN.- (Por el foro con DELFINA.) ¿Se puede? Supongo que tenemos derecho a entrar sin anun- ciarnos.

MERCEDES.- ¿Cómo les va, mis hijos? (Saludos.) DELFINA.- Hemos venido un poco tarde. Damián se entretuvo en sus asuntos.

DAMIÁN.- Traía la mar de encargos y comisiones, que he querido cumplir cuanto antes, para quedar libre y dedicarles el resto del día. ¿Y el viejo?

MERCEDES.- Salió hace un instante. Vendrá pronto.

DAMIÁN.- A quien no he visto es a Eduardo.

MERCEDES.- Ahí anda el pobre con su neurastenia.

DAMIÁN.- Si me hubiera ido bien, me lo llevo al Chubut. En un par de meses se ponía como nuevo. (Laura entra y besa a DELFINA.) ¿Cómo te va, Laura? ¿Cómo ha crecido esta chica!... ¿Y, qué tal de novios?

LAURA.- ¡Oh!... ¡Hay tiempo!

MERCEDES.- Tú, Delfina, estarás contenta con la vuelta a Buenos Aires.

DELFINA.- No crea, no mucho. Hubiera preferido quedarme allá. ¡Trabajaba tanto Damián! Si no se hubiera encaprichado en hacer ese negocio de las Malvinas, estaríamos muy acomodados.

DAMIÁN.- Se empieza de nuevo, ¡qué diablos! Me han ofrecido muchas facilidades para trabajar aquí.

MERCEDES.- ¿Perdiste mucho, verdad?

DAMIÁN.- Todo lo que tenía, menos la vergüenza y el cariño a mi mujercita.

EMILIA.- Y el nuestro, ¿entró en la quiebra?

DAMIÁN.- ¡Oh!... ¡Perdón! No te resientas, vieja. Sé que tú me sigues queriendo como antes.

EMILIA.- ¿Otra vez?...

DAMIÁN.- No me dejas concluir, muchacha. ¡Qué susceptibilidad!

EMILIA.- ¡No, no! Hablo en broma.

MERCEDES.- Delfina ¿por qué no te sacás el sombrero?
¡Acompáñenla, muchachas!

DELFINA.- Tiene razón. (Vase por izquierda con LAURA y EMILIA.)

EMILIA.- (Volviéndose.) ¡Ah, mamá! ¡Oíme!

MERCEDES.- (Aproximándose.) ¿Qué hay?

EMILIA.- ¡Cuidado con hacer una de las tuyas!... Te conozco... Has querido quedarte sola...

MERCEDES.- (Con mal gesto.) ¡Oh!... (Vase EMILIA por izquierda.)

DAMIÁN.- ¿Qué hay?

MERCEDES.- Nada, hijito. ¡Cosas de ellas!. ¡Zon- ceras!...

DAMIÁN.- (Afectuoso.) Está más desmejorada, mi vieja. ¿No anda bien de salud?

MERCEDES.- Así no más.

DAMIÁN.- Hay que cuidar el número uno. Díme una cosa... Estoy echando de menos aquel bronce que gané de premio en las regatas. ¿Te acuerdas?

MERCEDES.- Es verdad: no está.

DAMIÁN.- ¿Qué suerte ha corrido?

MERCEDES.- Estééé... ¿El bronce?... ¡Ah!... ¡Sí!... DAMIÁN.- ¿Un compromiso?... Seguro que lo han regalado.

MERCEDES.- Sí, sí... regalado... (Pausa.) Decime, Damián... ¿Quieres? Si tienes, ¿eh? ¿Quieres prestarme diez pesos?... ¡Perdóname, pero!...

DAMIÁN. - ¡Oh, qué tontería!... Tomá cien... No tengo más...

MERCEDES.- ¡No, no! Es mucho... Yo no quería incomodarte... pero tan luego hoy, que los habíamos invitado, no teníamos, casi casi, ni qué poner al fue- go... ¡Las muchachas, si lo saben, se van a enojar mucho! Pero ¿Con quién, sino con los hijos, se ha de tener confianza?

DAMIÁN.- ¿De modo, que están pasando estrecheces?

MERCEDES.- ¡Peor, hijo; peor!... ¡Una miseria espantosa, faltándonos muchas veces hasta lo más indispensable!

DAMIÁN.- ¡Oh! ¡Tanto no puede ser!...

MERCEDES.- Eso y mucho más... Un día... Dos días, a mate y pan

DAMIÁN.- Pero, ¡Qué horror! ¿Y cómo ha podido ser?

MERCEDES.- ¡Vaya a saberse!... Como todas las cosas de la mañana a la noche nos quedamos en la calle... Jorge dice que perdió en la Bolsa, pero lo que yo creo es que nos faltó cabeza a todos... Hace más de un año que estamos así... Mucho más... Y lo peor no es eso... Poco a poco, hemos ido perdiendo la estimación de las gentes. Al principio no fue nada. Se pidieron préstamos grandes, y fueron concedidos con la seguridad del reembolso. Nadie iba a pensar que tu padre, tan acreditado, fuera capaz de...

DAMIÁN.- Comprendo.

MERCEDES.- Después, agotado el crédito, es necesario comer, y viene el expedienteo vergonzoso; no hay recurso que se desprecie por indigno, para asegurar el techo y el pan. ¿Qué digo techo?... La casa, que es indispensable para guardar las apariencias, y tú sabes muy bien que en semejante situación los escrúpulos y la vergüenza son el primer lastre que se arroja del honor... Todavía no me doy cuenta de cómo he podido amoldarme a semejante vida. Con decirte que yo, que tu madre, que fue siempre una mujer de orden y delicada, ha llegado hasta a robarle a una pobre gallega sirvienta.

DAMIÁN.- ¡Oh, mamá!

MERCEDES.- Hasta a robarle, sí, señor, hasta a robarle a una pobre mujer los ahorros que me había confiado. (Llora.)

Dichos, DELFINA y EMILIA

DAMIÁN.- (A DELFINA y EMILIA que vuelven.) ¿Quieren dejarme un momentito con mamá?

DELFINA.- ¿Conferencia habemos?

DAMIÁN.- Nada grave... Ya terminamos. (Mutis de DELFINA y EMILIA.) ¡Vamos! ¡No se aflija, vieja!

MERCEDES.- Hago mal en contarte cosas tan tristes... Podías pensar que trato de interesar tus buenos sentimientos, con propósitos egoístas.

DAMIÁN.- No, vieja...

MERCEDES.- He repetido tantas veces la historia de nuestras desdichas, que necesito la salvedad para convencerme de que no estoy mendigando. Contigo no, hijo... Todo lo contrario. Ya que vienes a vivir aquí, quiero prevenirte contra nosotros mismos. Por otra parte, necesitaba este desahogo...

DAMIÁN.- ¡Pobre viejita!... Pero, y papá y Eduardo, ¿Qué han hecho?

MERCEDES.- Nada, hijo. Tu padre, como si con el dinero hubiera perdido las energías, echarse a muerto y dejarse llevar por la correntada... En cuanto a Eduardo, enfermo y maniático, aquí se lo pasa, sin salir a la calle, levantándose de una cama para tirarse en otra.

DAMIÁN.- ¡Qué barbaridad!... ¿Por qué no me has escrito diciéndome la verdad? Yo dejé le mandarles los pesitos aquellos a las muchachas, cuando empezaron a andar mal mis negocios, creyendo que no serían indispensables... ¡Sí hubiera sabido!

MERCEDES.- He mentido en perjuicio de tus buenos sentimientos, diciéndoles a estos que tú ignorabas nuestra miseria.

DAMIÁN.- ¡Oh!... ¿Por qué hiciste semejante cosa?

MERCEDES.- ¡No me lo preguntes! Te he dicho todo lo que podía decirte.

DAMIÁN.- Luego, ¿reservas algo?

MERCEDES.- No; nada más, hijo mío; nada más...

DAMIÁN.- ¡Bueno!... ¡Esto no puede seguir así! Estamos, felizmente, en tiempo de reaccionar. Tranquilízate. Tú me ayudas, y desde hoy nos pondremos a enderezar este hogar.

MERCEDES.- ¡No, no, hijo!... ¡No te metas!... ¡No puede ser!...

DAMIÁN.- Ahí está el viejo. Verás cómo se empieza.

Dichos y JORGE

JORGE.- (Por foro.) ¡Hola, buen mozo!... ¿Qué tal?

DAMIÁN.- Bastante disgustado... contigo en primer término. Mamá me acaba de contar todo lo que les pasa, y no me explico, francamente, cómo un hombre de tus condiciones no ha tenido el valor de sobreponerse a la situación.

JORGE.- ¿conque esas teníamos? ¡Hombre, la verdad es que me agarra sin perros tu interpelación!...

DAMIÁN.- No; la cosa, no va de broma... Me vas a permitir mis primeras observaciones...

JORGE.- ¡Cómo no, hijo!... ¿Son muy largas?

DAMIÁN.- Si te ofendes, me callo.

JORGE.- Preguntaba... para tomar asiento, si valía la pena...

DAMIÁN.- Si mal no recuerdo, antes no usabas tan buen humor...

JORGE.- ¿Qué querés?... ¡Las desgracias me han puesto así!...

DAMIÁN.- ¿Cínico?... JORGE.- (Alterado.) ¿Eh?...

DAMIÁN.- ¡Perdón, viejo! Me molestaste y la pala- bra salió sola...
¿Me disculpas?

JORGE.- (Bondadoso, sentándose.) Sí, Damián; yo tuve la culpa...
(Pausa.) Vamos a ver. ¿Qué te ha contado Mercedes?... ¿Que
estamos arruinados? ¿Que pasa- mos privaciones de todo género?...
¡Es la pura ver- dad! Me metí en especulaciones arriesgadas, y me
sucedió lo que a tantos. Quise levantar cabeza y no pude, y de ahí,
barranca abajo...

DAMIÁN.- Pero te has dejado derrotar de una manera bochornosa...

JORGE.- ¿Qué podía hacer?

DAMIÁN.- Pelear; luchar. Para un hombre, perder una fortuna no
debe ser un contratiempo irrepara- ble, amigo. Además, hay mil
recursos en la vida... Sí no son los negocios, es un empleo.

JORGE.- ¿Y cuando ni eso se consigue?

DAMIÁN.- Se agarra un pico, y a cavar tierra, ¡qué diablos!... No
estamos tan viejos, ni tan débiles para no poder ganarse el pan
decorosamente. Además, tú tenías la responsabilidad de toda esta
familia, y no has debido permitir que descendiera a una miseria tan
vergonzosa.

JORGE.- ¡Oh!... Todo eso es muy bonito, muy noble, muy honrado;
tu madre me lo ha dicho muchas veces también; pero no se puede
realizar... ¡Cavar la tierra! Andá vos que no has tenido una pala en
las manos, a ganarte la vida por inútil. Elegí el trabajo más fácil -
¿cuál te diré? -el de changador. El señor Jorge Acuña, resuelto a
vivir decorosamente de su trabajo, tiene que empezar por llevar a
su familia a la pieza más barata de un conventillo. Preguntales a la
señora de Acuña y a las distinguidas señoritas de Acuña, si están
dispuestas a cambiar la miseria ver- gonzosa de esta casa por la
pobreza honorable de la habitación de un conventillo, o con quién
se queda- rían, entre el heroico padre changador, o el padre

desgraciado, pechador y sinvergüenza, que las sos- tiene con el decoro y las apariencias. Andá; preguntales.

MERCEDES.- Lo que es yo de buena gana iría al conventillo.

JORGE.- Tal vez fueses capaz de esa abnegación, pero ellos no. Y últimamente... ¡ni yo mismo! Sería una heroicidad superior a mis energías y no me equivocaría mucho al decir que nadie hay tan fuerte para realizarla. Convéncete, Damián: son teorías bonitas, nada más, las tuyas. ¡Si habré tratado de reponerme inútilmente! Ahora ya ni me preocupo, porque sería perder el tiempo. Mi desconcepto es tan grande, y digo desconcepto por no mortificarlos calificándome peor, que jamás podré alzarme de mi categoría de vividor profesional. (Pausa.) Quedan algunos recursos... gente que no le conoce bien a uno y se deja sorprender... uno que otro viejo amigo generoso... una tanteadita al treinta y seis colorado... En fin, lo bastante para ir tirando. ¿Que falta un día el puchero?... ¡Mañana quizá lo tengamos!... No hay criaturas en casa... Los grandes no lloran y capean el hambre con chistes. Y en cuanto a lo otro... -eso de la desvergüenza y la dignidad, y qué sé yo...- la cos- tumbre es una segunda naturaleza. Se nos ha formado el callo. (Pausa.) Ahora, hijo mío, quedás auto- rizado para aplicar la palabrita que se te escapó hace un rato... ¿Cínico era, no?

DAMIÁN.- Muchas gracias, papá. No me atrevería a insultarte, pero te desconozco.

JORGE.- Lo creo.

DAMIÁN.- ¿De modo que esto, a tu juicio, no tiene remedio?

JORGE.- Absolutamente. Constituimos nosotros, y es mucha la gente que nos acompaña, una clase so- cial perfectamente definida, que entre sus muchos inconvenientes tiene el de que no se sale más de ella. «¡Lasciate ogni speranza!...»

DAMIÁN.- ¡Está bueno! De modo que... ¡vamos!... dime siquiera una cosa en serio... -porque hasta ahora, si bien me has dicho muchas

verdades, has estado forzando la nota del desparpajo. Dime: ¿quieres autorizarme por un tiempo a manejar esta casa?

JORGE.- ¡Cómo no!

DAMIÁN.- Entonces, desde este momento quedas jubilado. Tengo muy poco, lo suficiente para sostenerme hasta que pueda trabajar, pero manejado con orden alcanzará para todos. Desde mañana, pues, nos vendremos a vivir acá, y ya veremos si se sale o no se sale de tu infierno. ¿Convenidos?

MERCEDES.- No hay necesidad. (A DAMIÁN.) Tú querrás conservar tu independencia, y debes conservarla. Piensa en que no eres solo.

DAMIÁN.- A Delfina le gustaría la idea, estoy seguro.

MERCEDES.- Aunque le guste. Yo no puedo permitir... Sí, mi hijito... Si querés ayudarnos, nos pasas una mensualidad y nos arreglaremos bien.

JORGE.- (Extasiado.) ¡Déjalo, mujer!

MERCEDES.- No; no lo hagas; podría pesarte... Eres demasiado bueno, tú.

DAMIÁN.- ¡Sería curioso que no lo hiciera! Te aseguro, vieja, que no me impongo la menor violencia. Salvo que te contraríe tenerme a tu lado...

MERCEDES.- ¡Eso no! Pero...

DAMIÁN.- Entonces no hay más que hablar.

Dichos y EDUARDO; luego DELFINA

EDUARDO.- (Con el mate en la mano.) ¡Hola, grande hombre!

DAMIÁN.- ¡Adiós, personaje! (Se abrazan.) ¿Qué tal? Me han dicho que andás enfermo.

EDUARDO.- Enfermo y aburrido, che. ¿Y vos?... ¿Te fundiste allá?

DAMIÁN.- Casi, casi.

EDUARDO.- No hay vuelta, che... ¡Estamos jetados!

DAMIÁN.- ¡Qué jeta, ni qué zonceras! Lo que te hace falta a vos es dejarte de preocupaciones y pensar seriamente en la vida. Verás cómo te hago pasar esa neurastenia antes de mucho tiempo.

EDUARDO.- ¿Cómo, che?

DAMIÁN.- No te apures; ya lo sabrás,

DELFINA.- (Entrando.) ¿Terminó la conferencia?

DAMIÁN.- Con una importante resolución. Mañana dejamos el hotel y nos venimos a vivir con los viejos. ¿Te place?

DELFINA.- ¿Cómo no?... ¡Con el mayor gusto!

EDUARDO.- ¡Ah!... ¿Te has resuelto a eso?... ¡Dame esos cinco!... ¡Sos un... héroe!...

Telón.

Acto segundo La misma decoración DAMIÁN y DELFINA

DAMIÁN.- (Ordenando papeles.) Preocupaciones tuyas, Delfina. ¿Cómo podrían quererte mal?

DELFINA.- No digo tanto, pero me doy cuenta de que incomodo. Tú las conoces bien a las muchachas, y si antes eran consentidas y caprichosas, la vida de estos últimos tiempos tiene que haberlas descompuesto del todo.

DAMIÁN.- No tan absoluto. Podría también haberlas corregido.

DELFINA.- Siempre has sido un poquito ingenuo. Es claro que contigo van a disimular, que tratan de hacerlo también conmigo, pero se les conoce a la legua el fastidio.

DAMIÁN.- ¿Te han dicho algo?

DELFINA.- ¡Se guardarían muy bien! No pierden, sin embargo, oportunidad de hacérmelo conocer con las maneras y los gestos... Por otra parte, tú procedes un poco brutalmente con ellos en tu empeño de regenerarlos, y como no pueden decirte nada, quien paga el pato yo sé quién es.

DAMIÁN.- ¿Brutalmente?

DELFINA.- A juicio de ellos, ya lo creo. Tienen demasiada vanidad para aguantar tus sermones y tus latas morales, mortificantes, hijito.

DAMIÁN.- ¡Ya verán! ¡Oh, ya verás cómo se curan! Lo que les hacía falta era un hombre enérgico, capaz de tenerlas en un puño. Papá no tenía carácter. ¡Un alma de Dios! La vieja, bien la conoces, dominada y subyugada al medio... ¿Quién podría corregirlas?

DELFINA.- Creo que acabarán con tu paciencia... Podrán perder el pelo, ¡pero las mañas!... ¡Fíjate Eduardo cómo te lleva el apunte!...

DAMIÁN.- ¡Oh!... ¡Ese es un enfermo, un degenerado!

DELFINA.- ¡Un atorrante!... Y con poca diferencia, todos están cortados por la misma tijera, empezando por tu padre...

DAMIÁN.- ¡Oh, Delfina!

DELFINA.- Hay que decir la verdad, para que no te hagas ilusiones. Comprendo y justifico tus sentimientos, pero convendrás conmigo en que la misión es más dura de lo que pensábamos, y los resultados no se ven muy claros... ¡Oh! ¡Quizá no pase mucho sin que tengamos que arrepentirnos de esta quijotada!

DAMIÁN.- Dime la verdad. ¿Te han hecho algo? ¿Algún desaire? ¿Alguna grosería? DELFINA.- Te repito que no. Ya lo sabrías.

DAMIÁN.- Pero empiezas a sentirte contrariada. ¿Verdad?

DELFINA.- Un poco inquieta por ti, te lo confieso, previéndote una desilusión dolorosa.

DAMIÁN.- ¡Que venga! Yo habré hecho lo posible y nada tendré que reprocharme. Ahora bien: tú, es- tás primero, por encima de todos. Si no te hallas a gusto, me lo dices, y a volar. ¡No quiero ocasionarle la menor contrariedad a mi mujercita!

DELFINA.- Lo sé, Damián; pero por ahora vamos bien.

Los mismos y MERCEDES

MERCEDES.- ¿Interrumpo?

DAMIÁN.- Todo lo contrario. ¡Adelante!

MERCEDES.- Creí que hablaban cosas reservadas.

DELFINA.- No, señora. Tenemos pocos secretos.

DAMIÁN.- ¿Y el viejo? No lo he visto en todo el día.

MERCEDES.- Salió por la mañana.

DAMIÁN.- Tengo que reprenderlo... Se ha vuelto muy calavera... Poco se le ve en casa...

MERCEDES.- Dice que tiene un negocio en perspectiva.

DAMIÁN.- ¡Macanas! Ya le he dicho que está jubilado.

MERCEDES.- ¿Lo necesitabas?

DAMIÁN.- Tal vez más tarde me haga falta... ¡Ah!... (Llamando.)
¡Laurita!

Dichos y LAURITA

LAURA.- ¿Llamabas?

DAMIÁN.- ¿Terminaste las circulares a máquina?

LAURA.- No; recién empezaba...

DAMIÁN.- ¡Caramba!... Te dije que las necesitaba temprano.

LAURA. - ¡No puedo hacer todo a la vez! La tarea de la casa me roba medio día.

MERCEDES.- No exageres, hija. Lo que te roba el tiempo a vos son los folletines y las novelas.

LAURA.- ¡Mejor!

DAMIÁN.- Mejor no; peor. Es mucha desconsideración. Muy bien que para pedir, no se quedan cortas.

LAURA.- ¡Apareció aquéllo! Hermanito, si has de echarnos en cara lo que nos das, bien podrías guardártelo.

MERCEDES.- ¡Desagradecida! ¡Retírate de acá!... ¡Parece mentira!

DAMIÁN.- ¡Déjala, mamá! ¡No te alteres! (A LAURA.) ¡Tú te pones inmediatamente a hacer las circulares! ¿Oyes?

LAURA.- Sí, hombre; las estoy haciendo. Digo que por demorarme un poco no merezco tanto rezongo.

DAMIÁN.- Está bueno.

LAURA.- (Yéndose.) ¡Claro que está bueno! (Mutis.)

MERCEDES.- ¡Desgraciadas! (La sigue.)

DAMIÁN.- Déjala; no le digas nada.

DELFINA y DAMIÁN; luego TOMASITO

DELFINA.- ¿Has visto?

DAMIÁN.- ¡Ah!... Las voy a enderezar. Veremos quién es más fuerte.

DELFINA.- ¡Ingenuo!

DAMIÁN.- ¡Qué insolentes!... ¡Pero qué insolentes! (Se pone a trabajar.) ¡Oh!... ¡Ya las verás mansitas, y suaves como un terciopelo!

DELFINA.- (Se acerca por la espalda y lo acaricia.) ¡Pobre cabecita mía! ¡Le van a salir canas! (Lo besa en la cabeza.)

TOMÁS.- (Por foro.) Aquí trae el mensajero esta carta para vos.

DAMIÁN.- ¡Gracias!... Firmá el recibo. (Lee.) Del comisario de Río Gallegos. Ha llegado hoy del Sur. Me espera aquí cerca, en la agencia. Voy a verlo. Si viene alguien a buscarme, que espere. ¡Hasta luego!

TOMÁS.- Ya que vas salir dale el recibo al mensajero.

DAMIÁN.- ¡Caramba con el mocito comodón!

¡Llévelo usted, con toda su alma! (Salen por el foro DAMIÁN y TOMÁS.)

DELFINA y MERCEDES; luego EDUARDO

MERCEDES.- (Entrando.) ¿Salió Damián?

DELFINA.- Sí, pero volverá enseguida.

MERCEDES.- ¿Encontraste el anillo que se te perdió, hijita?

DELFINA.- No, señora. Lo he buscado por todas partes.

MERCEDES.- Es muy extraño. ¿Dónde lo habías dejado?

DELFINA.- No recuerdo bien. Creo que sobre el lavatorio, en mi cuarto. No se preocupe. Tal vez haya caído al depósito de aguas.

MERCEDES.- ¡Cómo no me voy a preocupar! El otro día, un medallón; ahora un anillo... ¡Es mucha coincidencia!

DELFINA.- ¿Quién podría robarme? La sirvienta es de mi absoluta confianza.

MERCEDES.- ¿Damián sabe?...

DELFINA.- ¿Para qué decírselo?

MERCEDES.- ¡Bueno! No le cuentes nada. Yo tengo que aclarar eso.

DELFINA.- Señora, ¡si no vale la pena!

MERCEDES.- Para ti no tendrá importancia... Para mí sí, y mucha. No debo tolerar que se abuse de la bondad de mi pobre hijo.

DELFINA.- ¿Qué cavilaciones son esas, señora?

MERCEDES.- ¡Nada! ¡Déjame! ¡Nada! Prométeme no decirle una palabra a Damián, ¿eh? Después lo sabrás todo.

DELFINA.- Como usted quiera, mamá. (Ademán de irse.)

EDUARDO.- (Entrando, a DELFINA.) Decíme, cuñadita: ¿me tenés miedo?

DELFINA.- ¿Yo?... ¿Por qué?

EDUARDO.- Entonces, antipatía... Siempre nos desencontramos. Entro a una parte, y vos volás.

DELFINA.- ¡Oh!... ¡Qué pavada! Me voy porque tengo que hacer.

EDUARDO.- No pienso detenerte. ¡Seguí nomás!

DELFINA.- ¡Qué rico tipo! (Mutis.)

EDUARDO.- (A MERCEDES.) ¡Esta ya empieza a escamarse!

MERCEDES.- ¿Qué querés decir?

EDUARDO.- ¡Que nos está tomando el tiempo! No es zonga como Damián.

MERCEDES.- ¡Bueno fuera que no!... ¡Son tan sinvergüenzas ustedes!

EDUARDO. - A mí no me metás en danza, que no hago mal a nadie, ¿sabés? ¡Apuntá para otro lado!.. Si todos hicieran lo que yo, esta casa sería un paraíso... Pero, no. Son malos, peleadores, orgullosos, derrochadores..., y... ¡qué sé yo!... ¡Embromarse, pues! Y les garanto que otra bolada como ésta no se les presentará jamás... (Pausa.) ¿Qué tenés que estás tan triste?

MERCEDES.- Nada; que hasta ladrones aparecen en casa. Figúrate que a Delfina le desapareció un anillo.

EDUARDO.- ¿Un anillo?... ¡Ya sé dónde está!

MERCEDES.- ¿Dónde?

EDUARDO.- En el «Pío». Preguntale a Tomasito.

MERCEDES.- Ya lo he pensado. ¡Seguro que fue él!

EDUARDO.- ¡Naturalmente! Está muy adelantado ese chico. ¡Verás cómo hace carrera!... ¿Querés que lo llame? Va a ser divertido. Aguardá un poco.

MERCEDES.- No, Eduardo. La cosa no es para bromas. Con esos juguetes han acabado de perder al muchacho.

EDUARDO.- (Llamando.) ¡Tomás!... ¡Tomás!... ¡Tomáas!...

MERCEDES, EDUARDO, TOMASITO

TOMÁS.- (Entrando.) ¿Eh?... ¡No precisas gritar tanto!... ¿Qué querés?

EDUARDO.- Te llama tu madre.

TOMÁS.- (A MERCEDES.) ¿Vos?. ¿Qué hay?

MERCEDES.- Decime, hijo: ¿por qué no me pediste plata si necesitabas?

TOMÁS.- ¿Yo?... ¿Cuándo?... ¡No entiendo!

EDUARDO.- No pierdan mucho tiempo en discusiones. Las cosas se hacen derechas. Dale la papeleta a la vieja y se acabó todo.

TOMÁS.- ¿Qué papeleta?

EDUARDO.- O decile dónde lo vendiste.

TOMÁS.- ¿El qué?

MERCEDES.- El anillo que le robaste a Delfina, sinvergüenza.

TOMÁS.- Yo no he robado nada, ¿sabés?

EDUARDO.- ¡Bueno! Lo encontraste tirado, ¿no es cierto?

TOMÁS.- Digan ustedes. ¿Se figuran que tratan con un chiquilín?... ¿Quieren sacarme de mentira verdad? ¡No sean idiotas, hagan el favor!...

EDUARDO.- Si eres tan hombre, debés tenés el valor de tus actos. Se dice: «sí, vieja; yo le espíanté el anillo a la otra, ¿y qué?» ¡Para algo ha de servir el no tener vergüenza!

TOMÁS.- ¿Y por casa, cómo andamos?

EDUARDO.- ¡Buenos, gracias! ¿Y tu familia?

MERCEDES.- ¡Por favor!... ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Basta, por Dios! A ver, tú: ¿dónde negociaste esa alhaja? ¡Pronto!

TOMÁS.- ¿Te has enloquecido? ¡Avisá!

MERCEDES.- ¿Dónde está? Decímelo, porque soy capaz de contárselo todo a Damián.

TOMÁS.- ¡Cuidado, no me asusta ese papanatas!

EDUARDO.- ¡Así me gusta!... ¡Juan sin miedo!

TOMÁS.- ¡Callate, atorrante!

EDUARDO.- ¡Confesá, no seas pavo! Ganarás más... La vieja te da la plata para que lo saqués y te armaste otra vez... ¡Tenés con qué divertirse!

MERCEDES.- Es que soy capaz de denunciarlo a la policía.

TOMÁS.- ¡Van a denunciar!... Ustedes tendrían más vergüenza... ¡Bueno!... Si es el que yo encontré -uno de viborita- está en «Las tres bolas», vendido. ¡No dieron casi nada!... ¡Tanto ruido para una zoncera!...

MERCEDES.- ¡Está bien!... ¡Fuera de acá!...

TOMÁS.- ¡Uno pide plata... tiene sus compromi- sos!... ¡No le dan ni medio, y... es claro!... (Mutis.)

EDUARDO.- ¡Naturalmente!

MERCEDES.- ¡Perdularios!... Serví una vez para algo, Eduardo. Vestite y andá a buscarme esa alhaja.

EDUARDO.- ¿Yo? ¡No te jorobés!... ¡No tengo tiempo!... Mandalo al chico. (Mutis.)

MERCEDES.- Está bien; iré yo.

MERCEDES, EMILIA y LAURA.

EMILIA.- (En traje de calle.) No; no me olvido.

LAURA.- Pasate por la «Ciudad de Londres» a preguntar por el vestido. Ya debía estar en casa.

EMILIA.- ¡Bueno! ¿Ajusta bien el cinturón, atrás?

LAURA.- Muy bien,

MERCEDES.- ¡Oh!... ¿Y dónde vas tú?

EMILIA.- A pasear.

MERCEDES.- ¿Sola?

EMILIA.- No; ¡con el vigilante! ¿Será la primera vez que salgo sola, acaso? ¿O tenés miedo que me pierda?

MERCEDES.- Tú sabes que a Damián no le gusta.

EMILIA.- ¡Como el señor nos acompaña tanto, puede prohibirlo!... ¿Qué tiene de particular, vamos a ver?... ¿Qué tiene de particular que salga una mujer sola en este Buenos Aires? ¡Se conoce que vienen del campo, él y la gazmoña de su mujer, una doña Remilgos que todo lo encuentra de mal ver, y que es, al fin y al cabo, la que le mete esas simplezas en la cabeza al otro!. ¡La figura para darnos consejos y enseñarnos lo que es bueno o malo!

MERCEDES.- ¡Ya basta, mujer! Te pregunto, simplemente, a dónde vas.

EMILIA.- A las tiendas. ¿Estás conforme?

MERCEDES.- Medita un poco; no gastes mucho... No hay que tirar esa cuerda... Podría estallar y vol- veríamos a las andadas...

EMILIA.- ¡Oh!... ¡Perdé cuidado! (Vase por foro.)

MERCEDES.- (A LAURA.) Y tú, hijita, a ver si concluyes esas circulares.

LAURA.- ¡Sí... señora! (Vase por primera izquierda.)

MERCEDES y JORGE, luego DAMIÁN

MERCEDES.- (A JORGE que entra por foro.) ¡Ah! ¿Viniste?...

JORGE.- ¡Ya lo ves!

MERCEDES.- ¡Es muy bonito lo que estás haciendo! Te duró bien poco la buena conducta. ¿Dónde pasaste la noche?

JORGE.- No sé.

MERCEDES.- En algún garito, ¿verdad? Damián ha preguntado varias veces por ti.

JORGE.- ¿Para qué?

MERCEDES.- Te precisa.

JORGE.- ¿Sabés quién ha muerto esta madrugada? El mayor García.

MERCEDES.- ¿Murió? ¡Qué suerte para la pobre familia!

JORGE.- No era malo. Otro desgraciado como yo y como tantos otros... ¡Vieras qué cuadro en la casa! No tenían, materialmente lo que se llama un centa- vo. Algunos de los más amigos hemos resuelto coti- zarnos para el luto de la familia. (Pausa.) ¿Cuánta plata tenés para el gasto?

MERCEDES.- ¡Pero, Jorge!... ¿Es posible que hasta la memoria hayas perdido? ¿Por quién me tomás? ¿Olvidas que nos conocemos tanto?

JORGE.- ¿Qué te pasa?

MERCEDES.- ¡Venir a hacerme el cuento del tío! A mí, que aun no has abierto la boca y que ya te adivino lo que vas a decir. ¡Vamos, hombre!... Con- fesá que vienes de la carpeta, donde pasaste la noche y casi todo el día; que perdiste: que debés o querés desquitarte, y no habiendo encontrado nin- gún infeliz a quien estafar, te volvés a casa, a ver si yo te saco de apuros...

JORGE.- ¡Pues te ha fallado la perspicacia! No buscaba ningún pretexto. Coincidió el pedido con la noticia... Nada más... Que he jugado, es cierto, y perdí... Plata ajena... de Damián. Trescientos pesos que me entregó para hacerle un giro.

MERCEDES.- ¡Mientes otra vez! No te ha entregado nada. ¿Te crees que no te vigilo?...

JORGE.- ¡Muchas gracias!

MERCEDES.- Y he de evitar por todos los medios que te hallés en ese caso. Sí tú no tienes miramien- tos para tu hijo, yo sí, y no consentiré que lo exploten. ¿Me has entendido? ¡No lo consentiré!... ¡Parece mentira que sean tan miserables!

JORGE.- Yo necesito dinero esta misma tarde; es un compromiso de honor.

MERCEDES.- Antes de venir Damián no te preocupaba tanto ese honor... Has olvidado compromisos mayores.

JORGE.- Es forzoso que los consiga. ¿Podés ayudarme?

MERCEDES.- No.

JORGE.- De algún lado saldrán. Voy a recostarme un rato... Cuando regrese Damián, me despiertan.

MERCEDES.- ¡Cuidado con recurrir a él! Te repito, para tu gobierno, que si hasta hoy le he ocultado a nuestro hijo tu verdadera conducta, la menor tenta- tiva que hagas contra él bastará para que lo cuente todo, aunque se hunda esta casa. ¡Que no se te olvide!
(JORGE vase por segunda izquierda.)

DAMIÁN.- (Foro.) ¿No vino nadie?

MERCEDES.- Nadie...

DAMIÁN.- ¿Quieres llamarla a Delfina?

MERCEDES.- (Inquieta.) ¿Qué?... ¿ocurre algo?

DAMIÁN.- No; una carta.

MERCEDES.- ¡Ah!... (Vase por foro.)

DAMIÁN.- (Que la sigue con la vista.) ¡Es curioso! (Ocupa su escritorio.) La pobre vieja, desde que vine vive sobresaltada por el temor de desagradarme... ¡Pobrecita!...

DAMIÁN y DELFINA

DELFINA.- ¿De vuelta tan pronto?

DAMIÁN.- ¡Ya lo ves!... ¿Me pagas las albricias?... Te traigo una carta de Santa Cruz. Te escribe Lola.

DELFINA.- ¡Qué alegrón! ¿También Thompson escribió?

DAMIÁN.- Sí; con varios encargos. La verdad es que me pone en un serio conflicto.

DELFINA.- (Leyendo la carta.) ¡Mirá qué suerte! Me dice que salvaron todas sus majadas, a pesar de que los temporales han sido espantosos... (Pausa.) ¡Ah!... ¡Empeñados en que vayamos este verano!...

DAMIÁN.- (Buscando en el escritorio.) ¿No has visto aquel memorándum con las salidas de los vapores para el Pacífico?... ¡Ah!... Lo encontré... (Revísalo.) ¡Oh! El quince sería muy tarde!... ¡Pero no hay más remedio!... ¿Cómo haría, caramba?...

DELFINA.- ¿Qué te pasa?

DAMIÁN.- ¡Un clavo, hija! Figúrate que a Thompson se le vence una letra en Montevideo y me manda pedir que se la retire.

DELFINA.- No veo la dificultad. Lola me habla de eso en la carta.

DAMIÁN.- El caso es que tendría que embarcarme esta misma tarde.

DELFINA.- ¿Te embarcas?

DAMIÁN.- Es que no puedo... Mañana es la reunión de acreedores de la famosa compañía de Malvinas, y no puedo faltar.

Forzosamente debo mandar a alguien, y ya es muy tarde... ¡Ah!... ¡Tanto cavilar!... ¡Al viejo!... ¿Quién mejor que él?

DELFINA.- ¿A tu padre?

DAMIÁN.- Naturalmente.

DELFINA.- No tan natural

DAMIÁN.- ¿Cómo?

DELFINA.- Digo, no más. ¿Para qué molestarlo?

DAMIÁN.- ¡Sería bueno que no lo hiciera con gusto! (Viendo entrar a JORGE.) ¡Aquí lo tenemos! ¡No podías haber llegado más a tiempo!...

Dichos y JORGE. (Por primera izquierda)

JORGE.- ¿Sí?

DAMIÁN.- ¿Tienes algo urgente que hacer?

JORGE.- Según y conforme... Estééé... Se ha muerto un amigo mío... Era muy íntimo... el mayor García...

DAMIÁN.- ¿Y debes ir al entierro? Pues yo te necesito para algo más importante. El finado sabrá perdonarte. ¿Estarías dispuesto a salir esta misma noche para Montevideo?... Una comisión de confianza absoluta...

JORGE.- ¡Hombre!... La verdad es que...

DAMIÁN.- ¿No te agrada?

JORGE.- ¿De qué se trata?

DAMIÁN.- De un pago y varias otras diligencias sin importancia. Un viajecito rápido y entretenido.

JORGE.- ¿Tú no puedes hacerlo?

DAMIÁN.- En absoluto.

JORGE.- ¡Bueno!... ¿Cómo no?... ¡Sí no hay otro remedio!... Tendría que hacer una diligencia antes.

DAMIÁN.- No queda mucho tiempo. Una hora escasamente.

JORGE.- ¡Oh! Me despacho pronto.

DAMIÁN.- Entonces, arreglas tu asunto y yo me voy a esperarte en la dársena. A bordo te daré todas las instrucciones... ¡Te hago aprontar una maleta y te la llevo al vapor; así no pierdes tiempo!

JORGE.- Eso es; así voy derecho.

DAMIÁN.- No me faltes. Mirá que se trata de algo muy urgente.

JORGE.- (Yéndose.) ¡Perdé cuidado!

DAMIÁN.- ¡Ah!... Sí vas temprano y no me encuentras en el vapor de la carrera, estaré a bordo del «Chubut», allí cerquita no más. (Vase JORGE foro.) Felizmente, me libré del empacho... ¡Ufff!... ¡Lo que voy a tener que hacer esta noche para ordenar ese papelerío de las desgraciadas Malvinas! (A DELFINA.) ¿Quieres llamarme a algunas de las muchachas? Hay que preparar esa maleta. ¡Oye!... Dale la mía; es cómoda y segura.

DELFINA.- Me parece bien. (Mutis.)

DAMIÁN, y EDUARDO

EDUARDO.- (Foro.) ¿No dejé una baraja por aquí?

DAMIÁN.- No he visto nada.

EDUARDO.- ¿Dónde la habré dejado? Se me ha ocurrido una idea para inventar un solitario, y no puedo encontrar las cartas. (Pausa.)

DAMIÁN.- Decíme, Eduardo: ¿te gustaría ir al Sur?

EDUARDO.- ¿A qué?

DAMIÁN.- A trabajar.

EDUARDO.- No me hablés.

DAMIÁN.- ¡Bueno! A cambiar de aire, a curarte.

EDUARDO.- ¡Muy aburrido!

DAMIÁN.- Tengo unos amigos, propietarios de un gran establecimiento. Irías allí, en tu calidad de neurasténico, y te aseguro que, antes de un mes, la salud y el espíritu de trabajo de aquella buena gente, te contagiaría. ¡Es tan fácil abrirse camino por allá! EDUARDO.- ¡Por lo bien que te fue a vos!

DAMIÁN.- Porque me metí en otras cosas... ¿A que no te resuelves?

EDUARDO.- No me sentaría el clima. Mucho frío en el Sur.

DAMIÁN.- Hombre: podría mandarte al Chaco... ¿Mucho calor, verdad? ¡Muchacho!... Tú no puedes continuar así, sin más perspectivas que los cuadros del puerto. ¡Es una vergüenza!

EDUARDO.- Si te incomodo me voy de acá.

DAMIÁN.- No digo eso. Haz la prueba. ¡Si te aburres, te vuelves! Por el próximo vapor lo mando al chico.

EDUARDO.- ¿A Tomasito?

DAMIÁN.- Pienso sacar de él un hombre útil.

EDUARDO.- ¿Para qué sirve esa moralla? ¡Tiempo perdido! Es un canallita perfecto. La escuela de papá...

DAMIÁN.- ¡Hombre!

EDUARDO.- ¡Tiempo perdido! Vos siempre fuiste medio zonzo.
Convencete, hermano.

Dichos; DELFINA y luego LAURA

DAMIÁN.- (A DELFINA.) ¿Aprontan eso?

DELFINA.- Ya va a estar.

EDUARDO.- (A DAMIÁN.) Che, ¿sabés que tu mujer me cree loco y me tiene miedo?

DAMIÁN.- ¿Cómo es eso?

EDUARDO.- Huye de mí.

DELFINA.- No le hagas caso; es una broma. ¡Le ha dado fuerte!

DAMIÁN.- No creas que tu facha inspira mucha confianza.

LAURA.- (Por el foro, con una caja en la mano.) Me han traído el vestido que me regalaste. ¿Vas a pagar la cuentita?

DAMIÁN.- ¡Cómo no! Dámela. (Leyendo.) ¡Ta, ta, ta! ¡Esto no puede ser!

LAURA.- ¿Cómo?

DAMIÁN.- Mi generosidad, hijita, no llega a tanto. ¡Doscientos pesos!... ¡Una friolera!...

LAURA.- Tú me prometiste...

DAMIÁN.- Y mantengo la promesa, pero no puedo costear tanto lujo.

EDUARDO.- ¡Así me gusta!

LAURA.- (A EDUARDO.) ¡Atorrante! (A DAMIÁN.) Estééé... Las circulares están prontas...

DAMIÁN.- Me alegro mucho.

LAURA.- Y ahora... (Por la caja.) ¿Qué hago con esto?. El hombre espera.

DAMIÁN.- ¿Lo piensas? ¡Devolverlo, devolverlo en el acto!

LAURA.- Pero es una vergüenza.

DAMIÁN.- ¡Con vergüenza y todo, se devuelve!

LAURA.- (Arrojando la caja.) ¡Muchas gracias! (Vase derecha.)

EDUARDO.- ¡Ja, ja, ja!...

DAMIÁN.- ¿Querés hacerme el favor de entregar eso, Eduardo?

EDUARDO.- ¿Yo?. ¡Bueno, sí! (De mala gana.)

DELFINA.- ¡Dejáselo! ¡Pobre!... (A DAMIÁN.)

DAMIÁN.- De ningún modo. ¡Caramba con las pretensiones de la señorita!

DELFINA.- ¡No seas malo!... ¡Déjaselo! ¡Para lección basta con el susto!...

DAMIÁN.- Consiento por esta vez... Y me voy... Es tarde... Tomá para esa cuenta. (Le da el importe.) ¡Hasta luego! (Vase foro.)

DELFINA.- Aguarda, te daré la maleta. (Lo sigue.)

EDUARDO.- (Llamando.) ¡Laura! ¡Laura! Ya se fueron. Vení, vení, no seas pava.

LAURA.- ¿Qué querés?

EDUARDO.- (Por la caja.) ¿Ves esto? Te lo regalo.

¡Después dirás que soy un inservible!

LAURA.- ¡Ah!... ¡No lo quiero!...

EDUARDO.- ¡Qué no vas a querer!... Me empeñé con Damián, y ya lo ves. ¡Tengo una influencia bár- bara, che! Decime. ¿No has visto mi baraja? (Entra por el foro MERCEDES.) ¡Mirá qué paqueta la

vieja!... ¡Cualquiera diría que viene de «Las tres bolas», de comprar el anillo!... ¿Apareció la vivorita? Dichos, MERCEDES; luego DELFINA

MERCEDES.- ¿Dónde fue Damián?

EDUARDO.- Yo no sé.

MERCEDES.- Iba con una maleta.

LAURA.- A la dársena, a acompañar a papá que se va a Montevideo.

MERCEDES.- ¿A qué?

LAURA.- Una comisión de Damián. MERCEDES.- ¡Es extraño!

EDUARDO.- ¡Qué rebusque para el viejo!

MERCEDES.- Hablé hace un rato con Damián y nada me dijo.

LAURA.- Fue una cosa repentina.

MERCEDES.- ¡Con tal que no sea algún lío de tu padre!

EDUARDO.- ¿Un cuento de papá?... ¡Qué esperanza! ¡Es un hombre muy honrado!

LAURA.- ¡Callate, ingrato!

MERCEDES.- (A DELFINA, que entra.) Aquí está Delfina, que nos sacará de dudas. Ante todo, ahí tienes eso. (Le da a DELFINA un paquetito.)

DELFINA.- ¡El anillo!... ¿Dónde lo encontró?

EDUARDO.- ¡En el suelo!... ¡Qué casualidad que nadie lo haya pisado!

MERCEDES.- ¿Sabes qué comisión le encargó Damián a Jorge?

DELFINA.- Lo mandó a retirar una letra del señor Thompson.

MERCEDES.- ¡Ay, ay, ay! ¿Por qué no me lo dijeron? ¿Por qué no me lo dijeron?... ¡Madre santa! ¡Qué desgracia! (Se echa a llorar.)

DELFINA.- Pero, señora... ¿qué le pasa? ¿Por qué se pone así?

LAURA.- ¡Ave María, mamá!

MERCEDES.- ¡Déjenme! ¡Déjenme! ¡Dios, Dios, Dios!

DELFINA.- Esto es muy alarmante, mamá. ¿Qué es lo que teme?

EDUARDO.- No se puede pedir mayor respeto para un marido.

MERCEDES.- (Enérgica.) ¡Oh! ¡Esto no queda así! ¿Hay tiempo de ir a bordo, verdad? (Intenta salir.)

LAURA.- ¿Qué locura es ésa? mamá? Ven acá.

DELFINA.- ¡Señora! ¿Cómo usted puede pensar semejante disparate?

MERCEDES.- Hija, tengo mis motivos... Anoche estuvo de jugada, y perdió. Hoy se vino desesperado a pedirme plata... Un hombre en esa situación es capaz de todo.

DELFINA.- Sería tan espantoso, que no cabe en lo posible. Venga para acá... Damián está con él... ¡Cálmese!...

MERCEDES.- No; déjenme, déjenme ir. ¡Se evitará todo!

LAURA.- ¡Qué manera de disparar!

DELFINA.- Piense que ante semejante duda tendría yo mayores motivos para sentirme inquieta, y ya me ve... ¡Venga! ¡Venga, le digo!... No se torture en balde... Siéntese...

MERCEDES.- (Sentándose.) ¡Ay!... ¡Dios nos ampare!...

EDUARDO.- ¿Servirá un consejo mío?... ¡Bueno!... ¡Déjenla que vaya!... ¡Mi padre es muy sinvergüenza!...

LAURA.- ¡Eduardo!

EDUARDO.- (A MERCEDES.) ¡Caminá!... ¡Tal vez llegues a tiempo! (La conduce hacia la puerta.)

Telón.

Acto tercero

La misma decoración

MERCEDES, EMILIA, LAURA y DELFINA

EMILIA.- ¡Pero qué empeño en pensar lo peor! Es cierto que la conducta de papá hace sospechosa esta demora, pero hay que descontar muchas esperanzas todavía. Un accidente, una enfermedad, una prisión por error, un olvido... Papá es bastante, bastante abandonado... Hasta una broma... Puede ser una idea esta... Sabe Dios, si no ha querido, colocándose en una situación equívoca, (A MERCEDES.) castigar tu desconfianza, y la escena que le hiciste a bordo... (MERCEDES llora.) ¡No llores de esa manera! ¿Qué dejarías para después?

MERCEDES.- Lloro y lloraré toda mi vida. No tengo la menor esperanza. ¡Qué gran infamia!

LAURA.- Podría hasta haberse muerto de repente, y como allí nadie lo conoce, tardaremos en saberlo.

EMILIA.- ¡También! ¡Él sufría un poco del corazón!

MERCEDES.- ¡Qué ha de haberse muerto! ¡No tiene tanta suerte! ¡Desgraciado!... ¡Sí es un desgraciado, más que otra cosa!... La miseria lo echó a perder. Siempre fue bueno y caballero. No jugaba; odiaba el juego... No bebía... Jamás faltaba a sus horas, y su mayor preocupación era vernos siempre felices... De repente, empezó a caer, y en estos últimos tiempos ni la sombra quedaba de aquel padre de familia... (Muy afligida.) ¡No sé cómo, francamente, se puede cambiar así a las criaturas de Dios!... ¡Y todos hemos cambiado! De mí, de la Mercedes de antes, tampoco queda nada. Me puse igual o peor que él. De ustedes, no tengo derecho a decir nada... Se educaron con nuestro ejemplo... El único sano, porque no vivió con nosotros, era el padre Damián. ¡Pobre hijito!... ¡Y ahora, para que no salga menor favorecido, lo arrastramos con nosotros, a la miseria y a la deshonra! (Pausa.) ¡Pobres de nosotros!... ¡Pobre Damián! (Llanto prolongado.)

EMILIA.- Está bueno, mamá; no llores así; te hará daño. Aguarda al menos que se confirmen tus presagios... ¡Cálmate!... ¡Trae un poco de agua colonia, Laura!... Y tú, Delfina, podrías decirle algo. ¡Eres como un juez aquí, y la mortificas! (Sale LAURA.)

DELFINA.- ¿Yo?... ¿Qué puedo decirle? Necesito tanto como ella de consuelos. Y además, no podría hacer farsas. Creo, como ella, que no hay esperanzas de nada bueno.

EMILIA.- Ahí tenés, mamá, lo que sacas con tus cavilaciones. ¡Es natural! Si los de la casa empiezan a sacar astillas, todo el mundo se cree con derecho a hacer leña. Tampoco es de buen ver que se condene a un hombre sin pruebas.

DELFINA.- ¡Caramba! En todo caso el reproche debe empezar por tu madre. Por otra parte, la posición de ustedes no es tan ventajosa como para justificar insolencias.

LAURA.- (Volviendo.) ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

EMILIA.- (A MERCEDES, ofreciéndole un pañuelo y el agua colonia que trajo LAURA.) ¡Tomá! ¡Tené calma, pues! (A DELFINA.) ¡También es una cobardía cebarse en el dolor ajeno!...

MERCEDES.- ¡Callate, Emilia! Dejala en paz. La pobre tiene razón. ¡Es una víctima nuestra!

EMILIA.- ¡Qué tanto víctima ni tanta humillación! Sí las cosas han pasado como ustedes piensan, la vergüenza no sería para nosotros solamente. ¡Damián también es de la familia!

DELFINA.- ¿Vergüenza? Estás muy equivocada. La conducta y antecedentes de Damián, lo ponen bien a salvo de toda sombra. ¡Ya sabrá él proceder como se debe! Nadie está libre de tener por padre a un ladrón y por parientes a una banda de salteadores. Séase decente y no habrá quién se atreva a echárselo en cara.

EMILIA.- ¡Oh!... ¡Vos estabas esperando una oportunidad para mostrar tus uñas!

DELFINA.- Hablo porque me provocan. No aguardaba oportunidad alguna. He tratado de hacerles todo el mayor bien, pudiendo, con una palabra, disuadir a mi marido de su chifladura sentimental, mientras que en pago ustedes me sacaban el cuero... Ahora mismo estaba resuelta a callarme la boca, a pesar de la catástrofe que nos amenaza, pero, visto que no tienen ustedes ni nociones de delicadeza, les prometo que me han de oír.

EMILIA.- Puedes empezar... Ya nos has dicho ladrones Y salteadores... ¡Adelante!... ¡Mordé, mordé!... (Señala a MERCEDES) Ahí tenés una buena presa... una mujer medio muerta de sufrimiento... ¡Te la cedo, perversa!...

Las mismas y EDUARDO

EDUARDO.- (Saliendo.) ¿Qué bochinche es éste?

DELFINA.- Tus hermanitas.

EDUARDO.- ¡Oh!... ¡Son una monada mis hermanitas! ¡Como el padre!... (A LAURA y EMILIA.) ¡Fuera de aquí, moralla!... (A DELFINA.) ¿Qué te hacían, cuñada? Seguro que te achacaban las culpas del robo. Para aquélla. (Por LAURA.) la lectora de folletines, eres una malvada que quiere sumir en la deshonra a una familia pobre, pero virtuosa... Esta otra (A EMILIA.) es más Paul Bourget... Te encontrará un alma complicada, llena de recovecos... ¡Son literatas las dos... y muy distinguidas!... ¡Moralla!... ¿Qué asco, no?... ¡Y milagro que no estaba Tomasito en la reunión!... ¡Otro!... (Cambiando.) ¿No hay detalles nuevos?

DELFINA.- Ninguno.

EDUARDO.- ¿Y Damián?

DELFINA.- Por ahí... buscando noticias.

EDUARDO.- ¿Ves? Ese muchacho se va a convencer recién de que es zonzo del lado izquierdo... Fíjate en la vieja! Papel lucido, ¿eh? ... ¿Qué dirá Damián cuando se confirmen las cosas? Apuesto a que le da por la tragedia. (Declamando.) ¡Oh, padre!... ¡Estamos

deshonrados!... ¡Infeliz!... ¡Ay de mí!... (Natural.) Y la voz de la sangre, y el respeto filial, y los sacrificios honrosos, y... toda esa punta de ma- canas que han inventado los escritores y poetas para tener de qué ocuparse. El otro día leí en un diario que no sé cuál poeta había hecho mal en tratar co- sas tan sagradas como la familia, el amor filial y qué sé yo... Fíjate cómo nos conocen los críticos... ¡Bue- no!... ¿No me llevan el apunte?... ¡Me voy!... Están muy viernes santo... Me voy. (Vase.)

DELFINA.- También yo. (Vase.)

EMILIA.- ¡La insolente ésa!

MERCEDES.- ¿Por qué son tan malas? ¿Qué ganan con empeorar la situación?

LAURA.- ¡Nosotras no la hemos buscado!

EMILIA.- ¿Debíamos consentir a esa intrusa que nos pusiera por los suelos?

MERCEDES.- ¡Mientras no dijera más que la verdad!

EMILIA.- ¡Oh!... ¡Muy bonito! Nuestra obligación habría sido ofrecer la otra mejilla para el cachete, ¿no?

MERCEDES.- No hablemos más.

MERCEDES, EMILIA, LAURA y DAMIÁN; luego DELFINA y EDUARDO

DAMIÁN.- (Por el foro.) ¡Nada!

MERCEDES.- ¿Nada, hijo mío?

DAMIÁN.- He ido a la agencia. En la lista de pasajeros no está el nombre. Es seguro que no ha vuelto. También, si nos ha hecho pasar estas angustias por dejado, así será la reprimenda. ¿Y Delfina?

MERCEDES.- En su cuarto, supongo.

DAMIÁN.- ¿Está muy afligida?

MERCEDES.- ¡Cómo no, hijo! Como todos noso- tros... ¡Ah! Si me hubieras escuchado cuando fui a buscarlo a bordo, nos ahorraríamos tanta inquie- tud... No me hiciste caso, y estamos sufriendo las consecuencias...

DAMIÁN.- ¿Cómo hacerle una ofensa tan grande al pobre vicio? Decirle: «papá, no tengo confianza en usted, quédese»... ¡Eso, nunca!

MERCEDES.- Fue demasiada buena fe la tuya.

DAMIÁN.- Pues, a pesar de todos tus recelos, y de ese empeño que te noto, de prepararme a bien mo- rir, no acabo de inquietarme del todo.

MERCEDES.- No debes hacerte ilusiones. Piensa en lo malo.

DAMIÁN.- A no ser por tus confianzas, sobre la afición al juego de papá, te juro que estaría lo más fresco. ¿Por qué no me contaste eso antes, cuando llegué, al enterarme de tus desdichas? Si algo triste me sucede, no tendré que hacerte más que ese reproche.

MERCEDES.- No quise aumentar tu disgusto. Pensé poder corregirlo.

DAMIÁN.- ¿Y dónde jugaba?

MERCEDES.- ¡Vaya uno a saberlo!... ¡En tantas partes!... (Pausa.) Decime, ¿si hubiera ocurrido la desgracia, tendrías cómo reponer eso?

DAMIÁN.- No, mamá; ni la mitad. ¡Será una deshonra completa!

MERCEDES.- ¡Oh, qué desgracia! (Llora de nuevo.)

DAMIÁN.- No me hagas acordar de eso, porque entonces sí que me... que me... ¿no ves?... Ya estoy todo nervioso... ¡Sería horrible! ¡Una cosa sin levante!... (Llaman.) ¿Qué?... ¿Llaman?...

MERCEDES.- Corro a ver. (Sale. DAMIÁN se pasea nervioso. Mercedes volviendo.) ¡Un telegrama! ¡Un telegrama! (Se lo da.) ¡Oh, gracias a Dios!

DAMIÁN.- Vamos a ver.

MERCEDES.- ¡Abrilo pronto! ¡Pronto!

DAMIÁN.- (Como indeciso.) ¡Vaya!... ¡Me da... un... no sé qué!...

DELFINA.- (Que con EDUARDO ha acudido a las voces.) ¡Traé para acá, flojo! (Le arrebató el despacho. Lee.) «Letra Thompson no ha sido retirada.»

MERCEDES.- ¡Ay, Dios santo! (Cae abrumada sobre una silla.)

DAMIÁN.- (Demudado.) Permitime un poco ese despacho. (Lee.) «Letra Thompson no ha sido retirada»... De modo... De modo... Que... ¿Es cierto? ¿Es cierto?... Pero... Pero... pero... ¡Ah!... ¡No puede ser!... ¡Al viejo le ha sucedido algo!... Estoy en hora... Me voy a buscarlo a Montevideo... ¡Quién sabe si no está enfermo!... ¡Ah, sí, me voy!... ¡Mi sombrero!... ¿Dónde está? ¡Mi sombrero! (A voces.) ¡Mi sombrero, he dicho!

DELFINA.- Tomalo. (Se lo da.)

DAMIÁN.- ¡Adiós!

DELFINA.- Escúchame. Piensa un poco lo que has de hacer. No te precipites.

DAMIÁN.- Pero, hija; ¿Cómo quieres que no me precipite si está en juego nuestro porvenir?

EDUARDO.- Haceme caso. No vayas a Montevideo. Perderías el tiempo. El viejo está aquí.

DAMIÁN.- ¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto?

EDUARDO.- Lo conozco. No se ha ido.

DAMIÁN.- (Alterado.) Pero ¿Cómo no se va a ir, si yo estuve con él a bordo, hasta el último momento?

EDUARDO.- Sé lo que te digo. Tenía un metejón por ahí... Bajó del vapor, atrás tuyo, fue a pagarlo; después se metió a jugar por ver si cubría el déficit, y la plata se le hizo humo. Verás cómo aparece hoy o mañana. En cuanto no tenga con qué dormir en el hotel, se viene a rondar la casa para entrar cuando esté seguro de no toparse contigo.

DAMIÁN.- ¿De modo que tú también estás convencido de que me ha estafado?

EDUARDO.- ¡Quién podría dudarlo!

DAMIÁN.- Y dime, ¿Tú concibes que haya en el mundo gente tan infame?

EDUARDO.- (Silbando.) ¡Fíííí!... ¡Resmas, che!

DAMIÁN.- ¿Y padres tan desalmados, tan indignos, tan bellacos?

EDUARDO.- Abundan igualmente.

DAMIÁN.- Pues yo no me convenzo. Hay cosas que no caben dentro de la envoltura humana. ¡Y esta es una de ellas! Al viejo le ha pasado algo y yo debo encontrarlo.

EDUARDO.- ¿Dónde?

DAMIÁN.- No sé. En algún lado... En la calle. En la policía... En un hospital...

DELFINA.- ¡Damián!

DAMIÁN.- No se inquieten. Volveré. (Vase por foro. DELFINA llora.)

EDUARDO.- ¡Venga, cuñada, venga! La acompaño... No crea que estoy loco. Tal vez sea el más cuerdo... ¡Qué asco! ¿No? (Vase con DELFINA por segunda derecha.)

MERCEDES, LAURA y EMILIA; luego JORGE

LAURA.- (A EMILIA.) Y ahora, che, ¿Qué será de nuestra vida?

EMILIA.- Ritornamo al antico.

LAURA.- ¡Pero papá es un sinvergüenza!

EMILIA.- ¡Qué sinvergüenza ni sinvergüenza! ¡Es un infeliz! ¡Más canalla es este otro, que siendo rico, nos ha dejado hundidos en la miseria! ¿Acaso el pobre viejo, que ha sacrificado la mitad de su vida para educar y hacer gentes a ese par de ingratos, no tenía derecho a exigirles en recompensa que le proporcionaran una vejez decorosa? ¡Ellos son los bellacos!... Uno atorrante: el otro es un bruto egoísta y tacaño. ¡Linda esperanza de padres!... (Se va rezongando. LAURA la sigue, por izquierda. A poco entra JORGE por el foro, derrotado, avanzando con alguna cautela.)

MERCEDES.- (Viéndolo.) ¿¡Vos!?! (Corre hacia él.) ¡Jorge!... ¿De dónde vienes?... ¿Qué es lo que has hecho?... ¡Jorge!...

JORGE.- Déjame. No me preguntes nada. Lo hecho, está hecho, y se acabó.

MERCEDES.- ¿Has tenido el valor de cometer una infamia tan horrible?

JORGE.- No me digas nada. ¿Qué sacamos con hacer escenas? Escandalizar sin provecho. ¿Damián sabe ya?

MERCEDES.- No, no lo sabe. Se lo he dado a entender, pero no quiere creerlo. No concibe un padre tan malvado. Ha salido a buscarte.

JORGE.- ¿Tendrá para reponer eso?

MERCEDES.- No; me lo acaba de confesar... ¡Nada!... Dice que sería su ruina y su deshonor. ¡Ya lo ves! Dinero ajeno... Lo culparán a él...

JORGE.- Si es así, me queda un medio de salvarlo...

MERCEDES.- ¿Cuál?

JORGE.- Pegarme un tiro.

JORGE.- ¡No! ¡No! ¡Jorge! ¡Una locura no se en- mienda con otra!

JORGE.- Se lo tendrá que pegar él, entonces.

MERCEDES.- (Horrorizada.) ¡Mi hijo!... ¡Oh! ¡No! ¿Por qué sos tan cruel? ¿Por qué me dices esas co- sas tan brutales? No hay necesidad de que se mate nadie. ¿Se ha hecho el daño?... ¡Pues a sufrir las con- secuencias!... ¿No va a pasar nada, verdad? ¡Prométemelo, Jorge! ¡Dame ese consuelo a cambio de todo lo que me has hecho sufrir!

JORGE.- ¡Quedate tranquila!... Depende de cómo torne el otro las cosas... Yo me voy a meter en la cama... Van tres noches que no duermo, y no puedo más... Háblale a Damián... Yo no tendría cara para presentarme ante él... Contale todo... Que juego... Que soy un vicioso incurable, y que... que... y que he abusado vilmente de su confianza...

MERCEDES.- ¡Qué golpe para el pobre muchacho!

JORGE.- Tú puedes encauzar bien la situación, de manera que el otro no las torne por un lado muy trágico. Ahora, si no lo consigues, tendrás que re- signarte a aguantar mi sacrificio...

MERCEDES.- ¡Oh! Si depende de mí, te juro que todo se arregla...

JORGE.- ¡Ojalá! ¡No puedo más de fatiga! (Se aleja.)

MERCEDES.- Sí, acostate. (Deteniéndolo.) Permíte- me una cosa. (Lo registra cuidadosamente a fin de cercio- rarse si tiene armas.) Sin esto, no estaría del todo tranquila. (Mutis JORGE por primera derecha.)

MERCEDES, luego DAMIÁN, después DELFINA

MERCEDES.- Ahora al otro. (Revisa los cajones del escritorio y saca un revólver. Al huir con él tropieza en la puerta del foro con Damián que entra.)

DAMIÁN.- ¿Qué es eso? ¿Qué vas a hacer con esa arma? ¡Traiga eso acá! (Se lo arrebató.)

MERCEDES.- ¡No! ¡Dámelo, Damián!... No iba a nada... Quería esconderlo, porque tengo mucho miedo.

DAMIÁN.- ¿Miedo de qué?

MERCEDES.- No sé... ¡Por favor, dámelo!... ¡Me moriría de pena!

DAMIÁN.- Tómalo. (Se lo devuelve.) ¿Dónde está mi padre?

MERCEDES.- ¿Ya sabes?

DAMIÁN.- ¿Dónde está, pregunto?

MERCEDES.- El no se atreve... Me encargó que te lo dijera... ¡Todo se ha perdido! No vayas a perder la cabeza, hijo mío.

DAMIÁN.- ¿Dónde está, pregunto? Sé que ha llegado y quiero verlo.

DELFINA.- (Por segunda derecha.) No te alteres, Damián. No remediamos nada. Ven, siéntate. Vaya a llamarlo, señora.

DAMIÁN.- Y quédese usted. Déjenos solos.

MERCEDES.- Voy enseguida. (Vase primera derecha.)

DAMIÁN.- ¿Has soñado una cosa igual, Delfina?

DELFINA.- Es horrible, pero no irremediable. Thompson es muy caballero y sabrá comprender tu situación. Yo le escribiré a Lola también...

DAMIÁN.- (Anonadado.) ¡Horrible! ¡Horrible! ¡Horrible!

DELFINA.- Sería mejor que nos fuéramos a Santa Cruz por el primer transporte ¡No te desesperes así! (JORGE asoma tímidamente.)

DAMIÁN, DELFINA y JORGE

DAMIÁN.- (A JORGE, que sale y permanece alejado.) ¡Adelante, señor!... ¡No tenga vergüenza! Cuando has tenido el descaro de

venir a esta casa, te suponía con la comedia preparada. Avanza, pues... ¿O esperas que vaya a recibirte?

JORGE.- (Rehaciéndose.) ¿Qué tienes que decirme?

DAMIÁN.- ¡Hombre, nada! ¡Nada grave! Pedirte perdón por esta molestia que te causo... ¿Estás borracho?

JORGE.- Tal vez. No sería difícil.

DAMIÁN.- ¡Cuidado con exasperarme con tus respuestas, porque no respondería de mí!

JORGE.- Los jueces, no pierden la calma.

DAMIÁN.- ¿Tú no te das cuenta exacta de todo el mal que me acabas de hacer?

JORGE.- Exactísima. Tanto que podría economizarte todo el interrogatorio, repitiendo las preguntas que yo mismo me he dirigido antes de cometer el crimen, mientras lo cometía, y después de realizado. Todo fue con deliberación, y consciente. Te haría ahora mismo un alegato de bien probado, con la certeza de impresionarte. Sé que no podrás reponer la plata ajena robada, la que yo acabo de robarte, y como de algún modo debes justificarte, me pongo por completo a tu disposición.

DAMIÁN.- ¿Para qué?

JORGE.- Te ofrezco un suicidio.

DAMIÁN.- ¡Que te has de matar! Es un nuevo recurso. ¿Pretendes impresionarme, verdad? Te equivocas de medio a medio... El que pensó matarse hasta hace veinte segundos fui yo. ¡Yo! ¡El inocente! Pero desistí, al verte en ese tren de envilecimiento cínico! Para los hombres como tú, hay un solo castigo: la cárcel. Y tú, en la cárcel por robo, o sea el hecho de que yo haya entregado a mi padre a los tribunales para que lo condenen, será mi justificación más cabal. Hemos terminado. Si es cierto que te pones a mi disposición debes marchar en el acto a la policía... ¡En el acto!... ¡Ya!... ¡Ya!... (JORGE se va al foro sin decir palabra. DAMIÁN mantiene un gesto final

imperativo. JORGE, antes de irse, vuelve la cara resignada y decidida y vase.)

DELFINA.- (Dulcemente.) ¡Damián!

DAMIÁN.- ¡Oh, Delfina! ¡Tengo ganas de llorar! ¡De llorar a gritos!...
(Se deja caer, sollozando, en una silla.)

DELFINA.- (Acariciándolo.) ¡Sí, llore, llore mucho, mi pobre Quijote!...

Telón lento